

prendió y remitió prontamente y bien asegurado á la Vera-Cruz. Uno de los soldados de Cortés le dió, la noche del combate, con su lanza en el rostro, con cuyo golpe le sacó un ojo y le derribó en tierra; de modo que, el que poco ántes miraba con tanto descuido aquella guerra, se halló al volver en sí, no solo con el dolor de su herida, sino en poder de sus enemigos y con dos pares de grillos.

Se apagaron con esta victoria las centellas de una guerra civil muy perjudicial á la conquista, y Cortés se mandó pregonar por Capitan general de ambos ejércitos en nombre del Rey, ordenando á todos que acudiesen á jurarle por tal, so pena de la vida. Todos los soldados de Narvaez, unos voluntariamente (y pocos despues de alguna resistencia) se quedaron con Cortés, quien se halló en breves horas con un ejército que pasaba de mil españoles, y presos los enemigos de quienes podia recelar, con una armada de once navios y siete bergantines á su disposicion, deshecho el último esfuerzo de Velázquez y con fuerzas proporcionadas para volver á la conquista intentada, debiéndose todo á su magnánimo corazon y talento militar.

Despues que Hernan Cortés consiguió esta victoria, no se descuidó en asegurarse de la armada, y dispuso se volviesen á sus provincias los

chinantecas y tlaxcaltecas, agradeciéndoles el socorro, aunque no tuvieron lugar de servir estas tropas auxiliares. Habiendo asentado las cosas de la Villa-Rica, dejó en ella cien hombres de guarnicion y en guarda de Narvaez, quien quedó preso en ella con algunos de los soldados más bulliciosos.

En medio de estas prevenciones pensaba en volver cuanto ántes á México, porque no se apartaba un instante de su memoria el riesgo en que dejó á Pedro de Alvarado y sus españoles, cuya defensa consistia únicamente en aquello poco de que se podia fiar de la palabra de Moctezuma, de que no habria novedad en su ausencia. Tuvo noticia por un castellano que habia enviado á México con el aviso de la victoria que habia alcanzado sobre Narvaez, que los indios de México se habian alzado y muerto algunos españoles, y que no dejaran hombre con vida si Moctezuma no se los impidiera. Tanto era el coraje de los indios contra los españoles, ocasionado de las muertes que Pedro de Alvarado y otros españoles dieron á muchos principales mexicanos cuando celebraban una de sus fiestas, por quitarles las joyas y el oro que traian. Este fué uno de los hechos que más costó á los españoles y de los más torpes que ejecutaron entre cuantos hicieron en aquella conquista, originado de la raíz de todos los males,

que es la codicia, el que consta en todos los historiadores de la Nueva-España, y exagerado por los autores extranjeros, quienes lo ponen entre las atrocidades con que procuran desacreditar á nuestra nacion en la conquista de las Indias, y disimulado por otros con deliberada intencion, apartándose de la verdad histórica. Ello es que esta accion de Pedro de Alvarado conmovió sobremanera los ánimos de los vasallos de Moctezuma; y aquel pueblo, luego que vió el estrago hecho en los suyos y en la mayor parte de su nobleza para despojarla de sus joyas, quedó tan irritado, que tomó luego las armas y subió de punto la sedicion, como dice Solís, en defensa de la accion de Alvarado, que temia este capitan y queria apagar desde sus principios con la destruccion de los nobles que fomentaban la conjuracion, habiéndose juntado más de mil para la celebracion de la fiesta con el fin de acabar con los castellanos, teniendo sus armas escondidas en las casas cercanas al templo, cuando estuviesen más descuidados. Con esta noticia, apresuró Hernan Cortés su marcha para México, adonde llegó el dia de San Juan de este año de mil quinientos y veinte. Pasó el ejército por la calzada de la laguna sin oposicion, aunque no faltaron indios que causasen cuidado. Halláronse abrasados y deshechos los bergantines que de su orden

se habian fabricado; desiertos los barrios de la entrada; rotos los puentes que servian para la comunicacion de las casas, y todo en un silencio que daba á conocer la prevencion y la cautela de los habitantes de la ciudad. Estas señales obligaron á nuestro ejército á caminar poco á poco, hasta que Cortés descubrió á los españoles que asistian á Moctezuma y pudo asegurar su marcha. Al llegar Hernan Cortés al alojamiento de los españoles, envió al padre fray Bartolomé de Olmedo á visitar á Moctezuma, encargándole dijese á este Monarca de su parte, que por venir muy cansado no le iba á visitar en persona; que venia con mayores fuerzas para reprimir la osadia de sus vasallos, y obligarles, si fuese necesario, á respetar á su soberano; que no consentiria, supuesto que se habia manifestado tan adicto á su gente, que le faltasen en cosa alguna. Y es cierto, como lo atestigua Alvarado, que consistiendo su prision únicamente por la palabra dada á los españoles de no irse de ella, la cumplió fielmente, quedándose con ellos en la turbacion de la paz en que se hallaba la república; y á no haber sido porque este Principe interpuso su autoridad, hubieran perecido infaliblemente Pedro de Alvarado y los suyos. Disimuló Hernan Cortés el hecho tan feo de Alvarado, porque lo requerian así las circunstancias en que se hallaba, limitándose

solo á darle á entender su disgusto, y se fué previniendo para mirar por su seguridad. Dispuso que saliese Diego de Ordaz á reconocer la ciudad, porque habia observado muestras de cavilacion en los mexicanos, muy orgullosos de haber muerte en los combates pasados tres ó cuatro españoles. Supieron éstos que venia Cortés con un ejército mucho más crecido que ántes; pero léjos de temerle, hicieron aquel ademan de retirarse para dejarle franca la entrada y acabar con todos los españoles despues de tenerlos juntos en la ciudad. Marchó Diego de Ordaz en buen orden, acompañado de cuatrocientos españoles y un trozo de tlaxcaltecas por la calle principal, y á corta distancia descubrió gente armada; y avanzando más, se encontró con un ejército innumerable. Atacáronse unos y otros con igual valor; pero acometido Diego de Ordaz por el frente y las espaldas, iba ya á ceder á la multitud, cuando se vió libre de aquel conflicto por lo bien servido de la artillería, y porque al mismo tiempo logró abrirse el paso con la espada con gran resolucion, y pudo retirarse con pérdida de ocho soldados que murieron en esta refriega. Para los mexicanos fué muy costosa, pues murieron innumerables de ellos, embarazados por su propia muchedumbre. Cargaron, sin embargo, los mexicanos á la gente de Ordaz, procurando estorbarle la retira-

da, y sufrieron los estragos del fuego de la artillería, consiguiendo á su poco orden y modo de combatir tumultuariamente. Formaron despues el intento de asaltar el cuartel por todas partes: arremetieron, descargando innumerables flechas; y no obstante el destrozo que hizo en ellos nuestra artillería y mosquetería, llegaron muchos á intentar el asalto, tan resueltos á vencer ó morir, que se adelantaban de tropel á ocupar el vacio de los que caían, y poniéndose debajo del cañon, se volvian á cerrar animosamente para romper las puertas con sus macanas; pero inútilmente, porque eran rechazados. Volvieron al dia siguiente los indios á dar con igual impetu el tercer combate: no cesaban de provocar á los españoles á la batalla y les cargaban de grandes injurias.

Hernán Cortés, que vió la guerra tan encendida y la porfia de toda esta multitud de indios, que se arrojaban al fuego y al hierro como fieras irritadas, animó á su gente, valiéndose de esta misma provocacion de los indios, y fué con la fuerza principal de su ejército á combatirlos á la calle de Tacuba, mientras que otros escuadrones de españoles y tlaxcaltecas iban á desembarazar las calles circunvecinas. Trabóse la pelea, que fué muy sangrienta: esperaron los indios las primeras cargas de nuestra artillería, y

acometieron con igual intrepidez, hasta que llegaron á poner á nuestras tropas en gran cuidado con su porfiada hostilidad: llegaron á tomar á un castellano vivo, sin poderlo remediar, y luego lo sacrificaron en presencia de todos: se apoderaron de dos piezas de artillería y las echaron en las acequias, entrando sin temor alguno por las espadas. Cedieron, finalmente, al fuego de los españoles; pero iban rompiendo las puentes de las calles y haciendo rostro firme á nuestras tropas en su retirada. Viniéronse nuestras soldados á lo ancho de una plaza, y fué tal el ataque de nuestras fuerzas reunidas contra ellos, que entónces desmayaron y volvieron las espaldas atropelladamente. No quiso Hernan Cortés seguirlos por no hacer más sangrienta la lucha, conformándose con dejar castigado su atrevimiento. Fué mucha la mortandad en el ejército mexicano, y del nuestro faltaron diez ó doce soldados. En este cuarto combate reconocieron los castellanos la especial proteccion del patrono de la España el señor Santiago, quien (por el testimonio de los mismos indios) fué visto vestido de blanco, en un caballo del mismo color, que, con espada en mano, iba destruyendo y disipando sus huestes. El general español y todos sus soldados, á pesar de haber peleado con mucho valor é inteligencia, hubieran perecido todos infaliblemente

aquel dia, á no haber combatido por ellos el Apóstol Santiago. Así lo escribe Herrera; y no se debe dudar de la proteccion del cielo en guerras tan peligrosas, que se encaminaban á la introduccion del Evangelio en aquella tierra.

Fué preciso dejar algun tiempo al descanso de la gente y á la cura de los heridos, cuya suspension duró tres dias; y en este medio tiempo se movieron pláticas de paz, y dijeron á Cortés los señores mexicanos que las venian á proponer: que por qué no se iba, como lo habia prometido, pues ya tenia navios, y no daba libertad á su Emperador Moctezuma. En esto le llegó aviso á Hernan Cortés de que los enemigos habian destruido las puentes y que se preparaban á combatirle con todas sus fuerzas.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MEXICO

Léjos de desear la paz los mexicanos, apuraban la paciencia de los españoles con sus repetidos asaltos, por lo que se vió precisado Cortés, con aprobacion de Moctezuma, á hacer una segunda salida contra los vasallos de aquel Emperador, irritado entónces de haber visto entre los rebeldes á sus más poderosos nobles y parientes. Ejecutó Cortés esta empresa, que conoció ser muy dificultosa, porque vió en las operaciones de los indios un modo de pelear más concertado, y es que tenian Caciques poderosos que los gobernaban con disposiciones y socorros muy arreglados

y oportunos. Duró el combate la mayor parte del día, reducidos los españoles y sus aliados á ganar el terreno de trinchera en trinchera. Se abrasaron muchas casas, con gran perjuicio de la ciudad, y costó más sangre á los mexicanos esta lucha que las antecedentes. Perdió Cortés algunos soldados, y muchos españoles salieron heridos y él recibió un flechazo en la mano. Llegó á su alojamiento, y por su tardanza ya pensaba su gente que era muerto. Viendo que no era posible continuar la guerra ni mantenerse en México, por ser tan desigual el número de sus tropas, esperó á la multitud de indios que peleaban sin cesar, y con increíble valor se recogió á discurrir lo que se debia hacer en tan critico estado. Moctezuma, no ménos cuidadoso (por haber visto al señor de Iztapalapan y á otros Caciques que podian aspirar á la corona, discurrir entre los rebeldes y disponer la faccion), pensó que ya era tiempo de salir de su prision voluntaria, pues veía que se formaban estos tumultos con el pretexto de pedir su libertad. Llamó á Cortés, y exponiéndole lo que habia padecido por no faltar á su palabra, le intimó que saliesen de su corte él y sus españoles, porque solo así podia hacer respetar su autoridad y sujetar la rebelion de sus vasallos. Como Cortés se hallaba en ánimo tambien de retirarse de México, no sin esperanza de volver

á su empresa en mejor ocasion, le satisfizo en todo, asegurándole que daria providencias para obedecerle luego con el sentimiento de no dejarle antes restituido en la obediencia de sus vasallos. Entretanto duraba esta conferencia, se tocó un alarma muy viva en el cuartel: salió Hernan Cortés á reconocer el motivo de aquella novedad, y halló que los mexicanos intentaban un asalto general para hacer la resistencia debida. Moctezuma que temia el mayor desacato de sus vasallos, y que le diesen muerte los caciques rebelados, para llegar con más seguridad al trono de aquel imperio, dijo á Marina que hiciese saber á Cortés que habia discurrido dejarse ver desde la muralla para sosegar á los sediciosos y hablar á sus vasallos, con que consideraba que viniesen á algun buen remedio. Subió Moctezuma con doscientos castellanos de guardia al terrado contrapuesto á la mayor avenida: se hizo señal de parte de uno de los principales Caciques que le acompañaban, para que atendiesen con el más profundo silencio á lo que les queria decir el gran Moctezuma. Hablóles con mucho agrado persuadiéndoles con un discurso patético y majestuoso á que dejarasen las armas, pues no tenia parte en estas alteraciones: que siempre los habia gobernado por el medio del amor y de la justicia: que les agradecia mucho los esfuerzos que habian manifestado para ponerle

en libertad, pero que estaban engañados, pues de su voluntad y no violento estaba entre los españoles, que le trataban con todo respeto, y que no podia ménos que dar buena acogida á los mensajeros del grande Emperador del Oriente que los enviaba para tratar los negocios de la mayor importancia y de grande conveniencia para el bien de su imperio, que estaban despachados, y por su orden debian salir luego de su corte.

Movió su discurso varios afectos en los ánimos de sus vasallos; cuando conmovida la plebe y fomentada por algunos nobles que estaban resueltos á elegir nuevo Rey, pasó al extremo de injuriar á su monarca tratándolo de cobarde y afeminado, y prisionero vil de los enemigos del reino, y al mismo tiempo tiraban muchas piedras y flechas: procuraron cubrirle con su rodela los españoles que estaban á su lado; mas quiso la desgracia que le acertó una piedra en las sienes, que lo dejó sin sentido, y los sediciosos viendo caer á su Rey se retiraron confusos creyendo que llevaban á las espaldas la ira de sus dioses. Cortés le hizo retirar á su aposento, y cuando volvió en sí, llevado del despecho queria quitarse la vida, pero se procuró contenerle, y como no habia forma de dejarse curar, prorumpiendo en amenazas y gemidos se agravó la herida, y por no querer comer ni admitir remedio alguno, el golpe de la

cabeza se hizo mortal. Conociendo Cortés el peligro, trató con todas veras de persuadirle á lo que más le importaba: rogábale que recibiese el bautismo para asegurar la eternidad: el venerable padre Fr. Bartolomé de Olmedo no omitió diligencia humana para reducirle al camino de la verdad; pero léjos de prestar oídos favorables á lo que tanto le importaba en aquel trance, no respondió otra cosa, que por media hora que le quedaba de vida no se queria apartar de la religion de sus padres: agravóse más, y dejándose caer en la desesperacion, encargó á Cortés y á los señores que le habian quedado fieles en su servicio el castigo de los traidores, hasta que á los cuatro dias murió obstinado en su idolatria.

Sintieron mucho los españoles la muerte de este monarca, y más que todos Hernan Cortés; así por lo mucho que lo habia estimado en vida, como porque se veía en la precision de tirar otras líneas para caminar al fin que pretendia. Su primera diligencia fué enviar á los mexicanos el cuerpo de su Rey para que le enterrasen segun su usanza, encargando á los deudos del difunto, y á los principales indios que llevaban el cadáver les dijese de su parte que allí tenian á su Rey y Señor muerto á sus manos, de cuyo enorme delito le habia rogado encarecidamente antes de morir tomase venganza: que no queria castigar tan horrible aten-

tado; sino que deseaba la enmienda de ese yerro cometido por una plebe enfurecida, concediéndoles la paz como al punto se sosegasen y hiciesen las honras debidas á su Rey difunto; que de no entrar por el camino de la razon, serian tratados como traidores á su Rey, experimentando el último rigor de las armas. Llevaron en los hombros los mensajeros el cadáver de su Rey con grande aparato, y declararon á los suyos el asunto de su comision, pero respondieron que ya tenian caudillo: que no querian á Moctezuma ni vivo ni muerto: que se lo volviesen á los españoles que tanto había querido, y otras desvergüenzas semejantes. Al fin le llevaron la mañana siguiente á la montaña de Chapultepeque, donde se guardaban las cenizas de sus Reyes. Fué Moctezuma uno de los mejores y más valerosos emperadores de México, pues ganó nueve batallas campales, conquistó diferentes provincias, y dilató los límites de su imperio. Fué muy magnífico y liberal, haciéndose servir con mucha grandeza, y para subvenir á sus grandes profusiones, cargó sus vasallos con tributos intolerables: era sobrio en el comer, pero muy sensual en el trato de muchas concubinas, que honraba mucho: fué amante de la justicia con nota de cruel: fué á un tiempo supersticioso y tímido, sujetándose á Cortés y rindiéndose á una prision voluntaria, persuadido que así

se lo ordenaban sus dioses sin penetrar la verdadera causa de su sujecion, porque Dios quiso domar su altivez, que era su vicio dominante, sirviéndose de su extraña mansedumbre, para que introducidos los españoles, se trabajase despues en la conversion de aquella gentilidad. En sustancia, fué este Príncipe un raro compuesto de vicios y virtudes. El principal de sus hijos fué D. Pedro Moctezuma, que abrazó la religion católica, y tomó este nombre en el bautismo. Fué favorecido del Rey D. Carlos con título de conde de Moctezuma, dándole Estado y rentas en Nueva España. De este principio, por sucesion legitima, se conservan hasta el dia de hoy los condes de este apellido.